

Capítulo 6.

—Edilson, espera, por favor, sólo quiero hablar contigo un momento, Edilson...

Fue Raquel quien condujo hasta mi casa esa tarde, ya casi noche, pues yo estaba reventado por el trajín de todo el día. Tanto que antes de recorrer los pocos más de diez kilómetros de camino que separan el refugio del pueblo de Duruelo de la Sierra ya me había quedado frito. Una vez en casa curó mis heridas con un cariño indescriptible y, sin ni siquiera cenar, me acosté hasta el día siguiente.

Por la mañana me levanté algo más tranquilo, a pesar de que me escocían los golpes que me había propinado el brasileño el día anterior en la cara. Tenía la esperanza de que cuando llegásemos al cuartel el teniente Flores nos comunicase que lo habían detenido y que se acababa así por fin esta pesadilla.

Sólo quería estar junto a Raquel, tranquilos, sin prisas, sin compromisos, sin tener que perseguir a nadie. Deambular por los pinares que rodean mi pueblo sin tener que mirar de reojo por si alguien nos seguía. Ir con los perros de paseo a la Fuentona sin miedo a encontrarnos con otro cadáver. Eché la vista atrás y fui consciente de cómo en unos pocos días mi vida había dado un vuelco. No sólo por todo el lío en el que nos habíamos metido casi sin comerlo ni beberlo, sino también por haber conocido a Raquel.

Su sonrisa al verme despierto me iluminó el día. Su mirada de preocupación hacia los moratones que poblaban mi cara me hizo sentir una ternura infinita, mientras besaba mis heridas con suavidad. Cuando se puso de pie no pude contener un deseo irrefrenable. El tanga que apenas cubría su sexo y la camiseta corta que dejaba entrever sus pechos me encendieron como una tea.

—Raquel, te has dejado una herida sin besar —dije, poniendo ojitos de cordero degollado.

Se acercó con una sonrisa maliciosa pintada en la cara, pues había adivinado mis intenciones o se había dado cuenta del bulto que se formaba bajo la sábana a la altura de mi entrepierna. Me besó con una pasión inusitada y cuando yo ya estaba a mil se puso de pie, hizo amago de quitarse la camiseta, me guiñó un ojo y me dijo:

—Vamos, gandul, déjate de rollos y levántate, que tenemos que ir al cuartel a declarar.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? —protesté— El cuartel no se va a mover de allí, no me hagas esto... —imploré.

—No, Pedro —sentenció tajante—, tengo ganas de cerrar este capítulo de una vez por todas. Vamos ahora, contamos lo que sucedió ayer y esta noche te recompensaré —su lengua se paseó por su labio superior para dar más énfasis a sus últimas palabras.

—Eres una desalmada —bromeé mientras me levantaba de la cama claudicando de mi propósito.

—Date una ducha fría, verás como te sirve para aclarar las ideas —Raquel dejó escapar una risita malvada.

Cuando salimos de casa comprobé que el día auguraba tormenta de nuevo. El cielo estaba cubierto por espesas nubes que se iban oscureciendo, y la sensación de bochorno era asfixiante. Cuando entrábamos ya por El Burgo de Osma empezaron a caer los primeros goterones, enormes, que presagiaban que el aguacero iba a ser de órdago. No tuvimos suerte y el chaparrón empezó antes de que aparcásemos nuestro coche, por lo que tuvimos que esperar un rato antes de que la tempestad amainase lo suficiente como para no llegar hechos una sopa al cuartel de la Guardia Civil. El tiempo que estuvimos aguardando en el coche lo pasamos en silencio, ensimismados con la tormenta y repasando mentalmente los hechos sucedidos el día anterior y sobre los que

tendríamos que dar cuenta en apenas unos minutos.

Un agente tomó nuestros datos y nos indicó unas sillas donde debíamos permanecer hasta que viniesen a buscarnos. Aunque no era la primera vez que esperábamos en aquella estancia, la sensación era la misma que en las otras ocasiones: la incertidumbre acerca de lo que iban a preguntarnos y cómo íbamos a responder. No es que tuviésemos nada que ocultar, todo lo contrario, pero sí es cierto que los uniformes, por lo menos a mí, imponen una mezcla entre respeto y recelo. Sin duda contribuía el hecho de haber tenido un pasado ligeramente combativo en lo social, pues eran bastantes las manifestaciones a las que acudí cuando residía en Madrid y en más de una la cosa acabó como el rosario de la aurora.

Recuerdo con un cierto sinsabor el movimiento del 15-M, ya que la esperanza inicial de una revolución popular pacífica frente a unos estamentos caducos y que no representaban, y siguen sin representar a mi modo de ver, a la sociedad, se marchitó de manera definitiva con el resultado de las elecciones generales que se celebraron el 20 de Noviembre de ese mismo año. Una fecha en la que celebrábamos algunos el aniversario de la muerte del dictador pero que aquel año, el 2011, se convirtió en un día aciago por la victoria, aplastante, de la derecha en los comicios. No sólo eso, el bipartidismo que llevaba casi 30 años alternándose en el gobierno se hacía con algo más del setenta por ciento de los votos, dejando a una generación entera sin palabras. No había surgido entonces ningún movimiento político capaz de aglutinar el sentir de aquellos jóvenes y no tan jóvenes que tomaron la Puerta del Sol de Madrid. Esa fue la tumba del 15-M, la constatación de que una gran mayoría de la población no estaba por la labor de cambiar nada, aunque fuesen conscientes de la corrupción generalizada en el poder. Una putrefacción que, visto lo que habíamos vivido en los días previos, seguía muy viva.

En esos pensamientos me hallaba cuando el teniente Flores dobló una esquina y nos indicó con una seña que le acompañásemos. Qué parco en palabras era este hombre cuando estaba de servicio, pensé. Nos invitó a entrar en un despacho en el que otro agente se encontraba tras un ordenador en una mesa donde las montañas de carpetas y papeles hacían que pareciese que el guardia estaba refugiado en una cueva. No era especialmente alto, por lo que el contacto visual era, cuando menos, complicado. Debió percatarse de ello, pues se levantó y cogió una pila de expedientes de la parte frontal de su escritorio y los dejó sin miramientos en el suelo, aunque de manera milagrosa consiguió que no se desparramase el cúmulo de papeles. Repitió la operación con otro montón de documentos y cuando hubo hecho el hueco necesario volvió a tomar asiento y se colocó en posición de escribir, si bien no abrió la boca en ningún instante.

Fue Flores quien nos pidió que nos sentáramos y acercó otra silla para él. Sin duda que esos asientos habían tenido un pasado más esplendoroso, pues el material de relleno estaba tan desgastado que se clavaba el armazón por todo el cuerpo. «Cojonudo para mí», pensé revisando mentalmente mis magulladuras y esperando que aquello no se alargase demasiado.

Hice yo primero una descripción lo más pormenorizada que pude de los hechos acontecidos el día anterior en los alrededores del Búnker, mientras el agente escribía con un rostro transparente, que no denotaba ningún sentimiento. El teniente me interrumpía de vez en cuando para aclarar algún punto de mi narración o para solicitarme más detalles. No me llevó más de una hora narrar lo acaecido, pero se me hizo eterno. Terminé con una sensación de agotamiento que no estaba seguro si era fruto de la declaración o de la intensidad con la que llevaba viviendo los últimos días de mi vida, nada que ver con mi plan de retiro voluntario a un pequeño y tranquilo pueblo soriano.

El testimonio de Raquel fue más corto, pues se limitó a ratificar lo que yo había dicho con la

única diferencia del rato en que salí en persecución del tal João, momento que ella aprovechó para llamar a la caballería. Estampamos nuestra firma en sendas declaraciones a petición del agente y salimos del despacho en compañía de Javier.

—Muchas gracias por vuestra ayuda en todo esto, pero hacedme un favor —dijo.

—¿Sí? —contestamos al unísono mientras arqueábamos las cejas.

—Cualquier cosa que se os ocurra, cualquier dato que os hayáis podido dejar en el tintero, me llamáis, da igual la hora que sea. Y sobre todo —el semblante se tornó serio—, dejad de jugar a policías. Os agradezco mucho que nos hayáis echado una mano en esto, pero estáis poniendo vuestras vidas en peligro y eso no puedo tolerarlo porque...

El sonido de su teléfono interrumpió la bronca, para regocijo nuestro. Tras el protocolario saludo y una breve conversación su cara de repente adoptó una mueca de sorpresa.

—No puede ser —exclamó—. ¿Están seguros de eso?

Al otro lado de la línea quien quiera que fuese debió confirmar su mensaje anterior, pues el teniente Flores bajó el móvil, colgó y se quedó mirando al suelo apesadumbrado. Algo no le cuadraba pues en su gesto se veía como trataba de procesar la información que le acababan de proporcionar. Levantó los ojos y nos miró fijamente, el desconcierto grabado en su rostro.

—El segundo cadáver que encontramos junto al aserradero pertenece a un súbdito brasileño que desapareció hace seis meses. Una llamada anónima de una mujer nos alertó de su ausencia. El caso sigue abierto, pero en el dique seco porque no encontramos ninguna pista, ningún hilo del que tirar. Se llamaba João do Nascimento Oliveira.

—¿Cómo? —nuestras caras rivalizaban en asombro con la del oficial—. Eso es imposible, ayer estaba vivo y coleando.

—Está claro que el tipo que huyó ayer no era quien aparentaba, la cuestión ahora es, ¿quién era en realidad?

Neila siempre había sido un tranquilo pueblo burgalés, aunque ahora en verano su población se llegaba a triplicar lo que no era óbice para seguir disfrutando del sosiego que proporcionaba el valle en el que se hallaba enclavado. Su privilegiada situación, entre las sierras de Urbión y la Demanda, y al pie de la cadena montañosa del mismo nombre, hicieron de este lugar una parada obligada para las ovejas que en los veranos venían del sur buscando prados verdes donde alimentarse. En el siglo XIII llegó a tener un representante en el Honrado Concejo de la Mesta, la organización creada por Alfonso X el Sabio en 1273 para reunir a los pastores de León y de Castilla, y numerosas casas solariegas, algunas de ellas con el blasón que identificaba el linaje de sus propietarios, dan testimonio de un pasado de abundancia en estas tierras.

Hoy apenas quedan 170 habitantes censados, pero no llega a la centena los que permanecen todo el año. Las vacas en régimen extensivo han sustituido a las ovejas merinas, y el campo, la caza y la madera son las principales ocupaciones de sus pobladores, recios burgaleses que tienen que afrontar los duros inviernos que padecen estas tierras. Como tantos otros lugares de la geografía española, Neila viene padeciendo un inexorable declive poblacional que se inició a mediados del siglo pasado con la emigración a las grandes ciudades y las zonas industriales. Casi 600 almas poblaban entonces la villa, cuyo topónimo da nombre a unas preciosas lagunas de origen glaciar en la sierra, también, homónima.

Nicanora había nacido hacía 83 años en la casa familiar en la que vivía, que se hallaba situada en el barrio de San Miguel, muy cerca de la iglesia románica consagrada al arcángel. Era una

modesta casa independiente de dos plantas, con tejado a dos aguas y gruesos muros de piedra para impedir que los traspasase el gélido frío invernal. La mayor de cuatro hermanas y la única que permaneció en el pueblo, pues todas las demás emigraron siguiendo a sus maridos en pos de una vida mejor. Una a Pamplona, otra a Bilbao y la última a Zaragoza. Pero Honorio, el marido de Nicanora, siempre se había conformado con lo que tenía, era feliz en su pueblo, por lo que ellos se quedaron.

A pesar de su matrimonio algo tardío, tuvieron 3 hijos a los que ella crio mientras Honorio andaba por el monte con las ovejas, pero ninguno de ellos quiso quedarse en Neila porque trabajo había poco y muy sacrificado. Ahora andaban, al igual que sus hermanas, desperdigados por distintas ciudades. Incluso Belén, la pequeña de sus vástagos, había emigrado hacía ya casi 15 años a Londres con una beca de investigadora, harta de encadenar contratos temporales de camarera tras acabar la carrera de Biología. Pronto se reunirían en la casa familiar para pasar unos días como era costumbre, y así celebrar juntos las Fiestas de la Virgen y San Roque. Todos menos Honorio, quien había fallecido hacía 8 años víctima de una cirrosis de caballo. Cuando dejó las ovejas empezó a frecuentar el bar del pueblo, y le cogió rápido el gustillo pues al final pasaba más tiempo allí que en su casa, para disgusto de su mujer.

Este año la festividad mayor del pueblo sería muy especial para Nicanora, pues Inés, su nieta favorita, la mayor de su hijo Felipe, danzaría por primera vez en el tradicional baile de las mayas durante la procesión de San Roque. Por eso se sobresaltó cuando escuchó un ruido junto a la cocina, cuya puerta, que daba a un pequeño huerto que todavía ella seguía manteniendo vivo, nunca cerraba durante el día. En un primer momento pensó que se podía tratar de Nicolás, su hijo mediano, quien tenía por costumbre dejarse caer de vez en cuando por casa sin previo aviso. Era bombero en una de las ciudades dormitorio del extrarradio de Madrid, por lo que tenía unos horarios un poco infrecuentes que le permitían escaparse a ver a su madre y disfrutar de Neila durante unos días al mes. No habían faltado mujeres en su vida, pero no había llegado a contraer matrimonio con ninguna de ellas, por lo que cada vez que su trabajo se lo permitía, desaparecía del mundanal ruido y aterrizaba en el pequeño pueblo burgalés, donde pasaba el día en el monte, con la bicicleta, pescando o cogiendo setas por los alrededores.

—Nicolás, ¿eres tú? — preguntó Nicanora

Nadie contestó, y aunque su hijo fuese algo bromista siempre se hacía notar con su vozarrón cuando atravesaba el umbral de la puerta. Podía haberse colado algún gato, pensó mientras recordaba que unos minutos antes había terminado de hacer un guiso de cordero con verduras de su huerta con el que tendría comida para varios días, por lo que se dirigió rauda a espantar al animal. Al girar un recodo del pasillo notó como una mano fuerte tapaba su boca y le atraía hacia sí. Intentó gritar, pero la palma del desconocido impedía que saliese sonido alguno entre sus labios. Notó como sus pies se despegaban del suelo. El hombre que la mantenía sujeta la llevó contra la pared y, sin quitarle la mano de la boca, le hizo un gesto levantando un dedo de la misma mano y acercando sus labios para que guardase silencio. Pudo sentir el desagradable aliento del muchacho quien, sin dejar de mirarla, liberó sus labios pero, de inmediato, sacó un cuchillo de unos veinte centímetros de longitud que Nicanora no reconoció como propio y se lo puso en el cuello. Se dio cuenta de que al tipo le faltaba una de las manos, por lo que usaba la otra extremidad para todo. Era mulato, no demasiado alto pero sí corpulento. Tenía un fuerte golpe en el lateral derecho de su cabeza, el labio partido y numerosos arañazos. Su mirada transmitía cansancio, el hastío de una bestia herida y desprendía un fuerte olor a sudor.

—No grite, por favor —dijo en un tono suave pero con firmeza.

Su acento delataba que era extranjero, pero Nicanora no supo identificar de dónde podría provenir.

—¿Vive alguien más en la casa? —interpeló.

—No, hijo, vivo yo sola —contestó la anciana—. De vez en cuando viene uno de mis hijos a pasar unos días, pero no avisa nunca, así que no puedo tener nada preparado, y mira que me sienta mal.

—Y los vecinos, ¿vienen a visitarla con frecuencia?

—La única que viene de vez en cuando es mi prima la Angelines, que está viuda como yo y se aburre como una ostra, así que se pasa por aquí a darme palique. Pero hace ya varios días que no viene, porque está con una rodilla fastidiada y le cuesta andar. Y, ¿sabe qué le digo? Pues que mejor, porque una tiene demasiadas cosas que hacer como para andar de cháchara...

—Silencio, por favor —ordenó dejando a la anciana disgustada por no poder contarle más cosas sobre su prima.

Llevó a Nicanora hasta una sala de estar donde había un teléfono, arrancó el cable y le ordenó que se sentase en una butaca con un paño de ganchillo de algodón blanco en el cabecero. Bajó la persiana tras echar un rápido vistazo a la calle y se sentó frente a ella en un pequeño sofá. La mujer no se atrevía a abrir la boca, y él tampoco le dio pie a ello. Pronto el cansancio acumulado en la huida pudo con él y el sueño le venció, pero la abuela no se fiaba de aquel joven que le había mandado callarse y decidió no moverse ni un milímetro de donde estaba.

Tomás miraba al cielo con preocupación. Auguraba lluvia a lo largo de la mañana, lo cual no era malo. Pero no sería la primera vez que en pleno mes de Junio el agua tornaba en granizo y con el huerto a punto de dar sus primeros frutos aquello podría acabar en desastre. Eran muchas las horas que dedicaba cada día a su sembrado para tenerlo immaculado y el pedrisco podía dar al traste con su trabajo en cuestión de minutos. Desde que había muerto su esposa Marceliana hacía ya veinte años, el huerto era el único entretenimiento que encontraba. Él no era del pueblo, sino del vecino Huerta de Arriba, una bonita villa a los pies de la Sierra de la Demanda. Cuando se casó con Marceliana no dudó en irse a vivir a Neila, pues su suegro le dio trabajo en el viejo aserradero y pronto pudieron levantar su propia casa en el barrio de San Miguel. Poco echaba de menos de su pueblo, si acaso la preciosa Salve serrana que entonaban los mozos de la comarca en la romería de la Virgen de Vega.

Marceliana y Tomás no tuvieron hijos, pero él estuvo muy enamorado de su mujer. Era un hombre más bien huraño, le costaba relacionarse, por lo que ella lo era todo para él. Por eso su pérdida fue un mazazo del que había tardado mucho tiempo en recuperarse, si es que se había repuesto en algún momento. Su pequeño cultivo se había convertido en su refugio, y sólo salía de él los viernes para vender sus productos en el mercadillo de Quintanar de la Sierra y hacer acopio de lo que necesitase.

Aquella mañana andaba mirando las tomateras con notable interés. No estaba seguro de haber conservado de manera adecuada las semillas a final del verano anterior, por lo que decidió no correr riesgos y pedirle unas pocas a Tasio, otro habitante del pueblo que vivía en la casa de al lado. Le costó mucho decidirse, y a punto estuvo de quedarse con sus semillas y probar suerte, pero al final decidió actuar con prudencia y hacer de tripas corazón para hablar con su vecino, con el que no mantenía una buena relación. Tampoco era mala, el problema es que a Tasio le gustaba

mucho hablar, demasiado, y Tomás no estaba nunca por la labor de perder su tiempo escuchando sus batallitas sin fundamento. Hora y media de un cuasi monólogo fue el precio que tuvo que pagar en aquella ocasión para no quedarse sin tomates en su huerta.

Tan absorto estaba pensando en el coste que le habían supuesto las dichas semillas que casi no reparó en el desconocido que entraba a casa de su vecina Nicanora. Desde luego no era uno de sus hijos, de eso estaba seguro porque los dos chavales eran muy altos, cercanos a los dos metros, y el sujeto que había visto fugazmente no, aunque tampoco era un retaco. Además le dio la impresión de que era muy moreno, lo que tampoco casaba con la apariencia de los vástagos de Nicanora y Honorio. Aquello le olió raro, por lo que buscó el teléfono del cuartelillo de la Guardia Civil de Quintanar de la Sierra en la pequeña agenda que llevaba siempre consigo dentro de su cartera. «Esa vieja tiene siempre la manía de dejar todo abierto, algún día le va a pasar algo», pensó para sus adentros mientras localizaba el número. Como no tenía teléfono móvil, ni lo quería, entró en su casa para telefonar. Cuando contestaron al otro lado de la línea y dio la descripción del sujeto que acababa de penetrar en casa de su vecina, no pudo evitar alarmarse ante la reacción del agente que tenía al otro lado del teléfono. Este le pidió que no saliese de su casa bajo ningún concepto y que cerrase con llave todas las puertas.

Aunque era por naturaleza precavido, Tomás se aseguró de que las ventanas estuviesen bien cerradas cuando hubo echado la llave de las dos puertas de su vivienda, una casa de piedra de una única altura con la troje donde secaba los productos de la matanza dispuesta en el espacio que quedaba entre ésta y el tejado. Bajó también todas las persianas excepto la de la ventana del comedor, que daba hacia la casa de su vecina, con intención de mantener un oteadero desde el que no perder detalle de lo que pasaría a continuación, pues estaba seguro de que se iba a liar bien gorda.

El cabo Montero estaba de guardia aquella mañana en el cuartel de Quintanar de la Sierra. Fumaba un cigarro tras otro en la sala. Desde que se aprobó la llamada ley anti-tabaco se había llevado varias reprimendas de sus superiores por fumar dentro del acuartelamiento, pero ya lo habían dado por imposible y lo dejaban tranquilo. Era natural de la provincia de Salamanca, de un pueblo llamado Serradilla del Arroyo, que se encontraba entre Ciudad Rodrigo y la Peña de Francia. A los 25 años había ingresado en el cuerpo, más como una salida laboral que por vocación. Había pasado una corta temporada en el País Vasco, en los peores años de ETA, y había llegado a la conclusión de que aquello no era para él. Tres compañeros de su mismo cuartel habían muerto en atentados en los cuatro años que pasó en Intxaurrenondo, pero lo que más duro se le hacía era no poder salir a alternar fuera de la casa cuartel, pues tenían firmes instrucciones de no hacerlo ya que el ambiente era bastante hostil hacia ellos. La actuación clandestina de los GAL, donde estuvieron implicados compañeros suyos del cuartel del barrio donostiarra, no sólo no había ayudado en la resolución del conflicto sino que lo había enconado aún más.

Por eso cuando en un traslado le ofrecieron un pequeño pueblo burgalés no se lo pensó dos veces. Tuvo que mirar en el mapa dónde se encontraba Quintanar porque no lo había oído en su vida, y cuando vio que rondaba los 2.000 habitantes supo que iba a estar bien. Pasados ya más de veinte años, le habían ascendido a cabo más por edad que por méritos, pues no era muy dado a tener iniciativa, ni solía prestarse como voluntario cuando los mandos requerían alguno. Cumplía lo que le mandaban y poco más, no quería complicarse la vida y menos cuando apenas le faltaban unos pocos años para jubilarse. Andaba con la mente perdida, pensando en las largas caminatas

por los pinares de alrededor cogiendo setas y la hora del vermú con su cuadrilla del pueblo cuando llegase el ansiado retiro cuando sonó el timbre del teléfono, que le sacó de sus ensoñaciones sin clemencia. Era un vecino de la pequeña localidad de Neila, situada a unos 12 kilómetros de allí, lo que le sorprendió pues en dicho pueblo rara vez pasaba algo.

La descripción del tipo que le dieron concordaba con el asesino de Duruelo, y Neila no estaba lejos de allí, por lo que se sobresaltó y se puso en guardia. La tarde anterior habían recibido un correo electrónico donde se facilitaba una pormenorizada descripción y un retrato robot del sospechoso de la muerte de un hombre junto a un refugio de montaña, así como de otra mujer que había aparecido asesinada unos días antes en el Cañón del Río Lobos. Aunque no le solía hacer mucho caso a ese tipo de notas, la cercanía de los hechos hizo que lo leyese un par de veces. Por eso adoptó un tono estricto con el vecino que llamaba desde Neila advirtiéndole que se encerrase en su casa, sabía que se trataba de un tipo peligroso que no había dudado en asesinar al menos a una persona sin piedad.

Cuando hubo colgado el teléfono levantó de nuevo el auricular y, como indicaba la circular recibida, marcó el teléfono de la comandancia de El Burgo de Osma que tenía anotado en un papel que colgaba con una chincheta en la pared en la que apoyaba su mesa de trabajo. Tras el saludo protocolario, proporcionó a su interlocutor los datos que había recibido en la llamada anterior. Cuando terminó, consultó qué debían hacer, a lo que desde el otro lado del auricular le contestaron con un escueto «esperen órdenes». Y después nada, el silencio más absoluto. Así que, como su sargento estaba de ronda junto con otro agente, decidió que lo mejor sería esperar a que volviesen para contarles las novedades y encenderse otro cigarrillo. O más de uno. No quería que el asunto le salpicase, él había seguido el procedimiento marcado y con eso se dio por satisfecho.

El teniente Flores se encontraba en su despacho intentando atar algunos cabos cuando recibió el aviso de la presencia en una casa de Neila de un hombre cuya descripción coincidía con la del homicida que se les escapó el día anterior. Calculó que tardarían alrededor de una hora al pequeño pueblo burgalés, por lo que consultó en el mapa que pendía de la pared de su despacho si existía alguna otra comandancia más cercana con la capacidad necesaria para realizar una operación de asalto de este tipo. Viendo que no era así decidió avisar a la caballería, que había llegado esa misma mañana desde Valdemoro, en la provincia de Madrid, por si era necesaria su intervención.

En menos de 5 minutos ya tenía a todos ellos en la sala de reuniones por lo que sin perder el tiempo les mostró la imagen de la casa y trazaron el plan de entrada en la misma. Utilizarían una furgoneta camuflada para acercarse lo más posible a la vivienda sin ser detectados, y un helicóptero del cuerpo con sede en Burgos ya estaba avisado para entrar en escena una vez perpetrado el asalto, con el objetivo de vigilar posibles fugas. El sospechoso actuaba solo, pero su historial de sangre imponía las máximas precauciones.

Durante el trayecto trató de buscar un nexo entre los asesinatos de Wenda, Carlos, Óscar y el tal João sin encontrarlo. Estaba claro que Wenda y Carlos eran pareja y sus muertes estaban relacionadas, pero cuál era el vínculo que los unía con el asesinato de Óscar Gómez y el verdadero João do Nascimento era una incógnita. El ecologista fue asesinado por la gente de Osvaldo Requena, por la declaración de Romero no quedaba la menor duda de ello, y todo apuntaba a que el brasileño también, pues había aparecido enterrado en el mismo lugar. Pero le costaba desentrañar la madeja que ligaba unas muertes con otras. En esas estaba cuando el sargento a cargo de la célula del grupo operativo de la Unidad Especial de Intervención le avisó por radio de la inminente llegada al destino.

Sus instrucciones eran claras, debía permanecer en su vehículo policial a las afueras del pueblo hasta que concluyese la operación. Aunque en su fuero interno se moría por estar al pie del cañón, sabía que debía dejar actuar a la UEI, que eran los especialistas del cuerpo en este tipo de misiones.

A la entrada de Neila paró el convoy y los 12 integrantes del grupo de operaciones especiales subieron al vehículo camuflado ya pertrechados con todas las protecciones y el armamento necesario. Cuatro de ellos, los del equipo de tiradores, vigilarían los flancos de la casa desde una distancia prudencial, y el resto se distribuirían en dos grupos iguales para asaltar la casa por ambas entradas a la vez. Debían actuar con extrema rapidez para no perder el factor sorpresa.

Nicanora estaba terminando de fregar los cacharros y recoger la cocina. Había permanecido algo más de media hora inmóvil en la sala de estar, pero unas terribles ganas de orinar hicieron que pidiese permiso a su captor para ir al baño. Como por respuesta no obtuvo más que ronquidos se armó de valor y se levantó para hacer sus necesidades, sin que el hombre siquiera se percatase. Volvió a la habitación dispuesta a sentarse otra vez en el mismo lugar, pero el plácido sueño que envolvía al tipo que había entrado en su casa, unido a la rabia que le daba dejar la cocina empantanada como la tenía, hizo que se lo pensase mejor y se dirigiese allí a terminar la faena. «Total, este angelito ni se va a enterar», pensó. Aprovechó que el horno aún estaba caliente para preparar un bizcocho por si el chico se despertaba con hambre.

Estaba acabando de secar la fuente de horno en la que había cocinado el cordero cuando la puerta de la cocina que daba a la parte trasera de la casa, la misma por la que había entrado un rato antes el extraño, se abrió con un estruendo sordo y varios hombres armados accedieron por ella gritando que se tirase al suelo. De la impresión que le dio ver a aquellos extraños que le apuntaban con sus armas se le cayó el recipiente de cristal al suelo haciéndose añicos. Levantó las manos para apaciguarlos, pues sus delicadas rodillas le impedían hacer lo que le ordenaban. Además, que no estaba dispuesta ella a arrojarse al suelo de su casa, «sólo faltaría», pensó. Por la zona de delante de la casa se escuchaba un barullo similar, y desde su posición pudo ver cómo varios agentes accedían por el pasillo a la sala de estar y a su dormitorio, vociferando como posesos. «Vais a despertarle» estuvo a punto de decirles, pero consideró que igual no era lo más oportuno en ese momento, por lo que optó por guardar silencio y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Cuando el tipo pudo abrir un ojo ya tenía encima a dos agentes que le apuntaban con sus armas, mientras un tercero echaba mano de sus esposas para amarrarle. Un breve «lo tenemos» comunicado por uno de ellos a través de la radio hizo que la situación se relajase ligeramente. En apenas un minuto varios vehículos de la Guardia Civil estacionaron frente a la puerta de la casa de Nicanora y ésta pronto se llenó de miembros del cuerpo. Uno de ellos, alto, delgado y con unos bonitos ojos azules escondidos tras unas gafas de ver se interesó por el estado de la anciana.

—Soy el Teniente Flores, buenos días —se presentó—. ¿Qué tal se encuentra? —le preguntó con amabilidad— ¿Le ha hecho algún daño ese hombre?

—No se preocupe, hijo —contestó Nicanora—, estoy bien. Me dio un poco de susto al principio, porque pensé que sería mi hijo Nicolás, siempre viene sin avisar, ¿sabe? Me puso un cuchillo en el cuello, a mi edad, fíjese, y me llevó a la salita pero enseguida se quedó dormido y yo he seguido con mis cosas, que tenía la cocina patas arriba.

Cuando Javier me telefoneó para contarme el desenlace, un suspiro de alivio recorrió mi cuerpo. Raquel me miraba con los ojos bien abiertos, esperando con ansiedad por conocer el contenido de mi conversación con el teniente.

—Han cogido al tipo que mató a Carlos —anuncié mientras la abrazaba.

—Esa es una gran noticia, Pedro —exclamó ella.

—Sí —asentí— es una buena noticia, pero ahora hay que saber si fue él quien se cargó a Wendy.

Raquel me observó mientras negaba con la cabeza.

—No sé que se te estará ocurriendo, pero no es tu trabajo averiguarlo —sentenció.

—Pero...

—Ni pero ni pera, Pedro —dijo regañándome—. Creo que ya has hecho bastante para ayudar a aquella pobre chica, has puesto en peligro tu vida y la mía, deja que ahora se encarguen quienes tienen que encargarse.

—Está bien, Raquel —claudiqué bajando las manos—. Pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó.

—Que te vengas a vivir conmigo.

Para mi decepción, ella se quedó algo turbada con la proposición, pues estaba convencido de que su respuesta sería un rotundo sí.

—No sé Pedro, yo tengo mi vida hecha en Soria, mi trabajo, amigos...

—Raquel, estamos a apenas media hora de allí, vas a poder ir y venir siempre que quieras —dije tratando de convencerla—. Además, seguro que si hablas con la gente de Ecologistas te dejan trabajar desde casa algún día.

—Sí Pedro, pero esto es un pueblo muy pequeño, y no sé si me adaptaré.

—Te advierto que tiene sus ventajas. ¿Por qué no lo pruebas? —inquirí mientras clavaba mis ojos en los suyos.

No retiró la mirada, pero en ella podía observar que las dudas y las certezas estaban librando una descomunal batalla. Tras unos segundos que me parecieron horas al final asintió.

—De acuerdo, Pedro, lo intentaré, pero no te prometo nada, ¿vale?

—Vale —concedí—. Que sepas que no te vas a arrepentir. Cuando te levantes por la mañana con el trino de los pájaros y veas a la bandada de camachuelos comiendo en ese arbusto de ahí enfrente —dije mientras señalaba por la ventana—, no vas a echar de menos las comodidades de una ciudad.